

Una elección nada
Conveniente

Hilda Rojas Correa

Capítulo I

Londres, 28 de enero de 1819.

Angus Moore, noveno conde de Corby, y décimo vizconde Hudswell, caminaba por Wentworth Street buscando entre los puestos de ropa en Petticoat Lane, un camafeo. No era una pieza particularmente sobresaliente o costosa, pero su valor sentimental era incalculable para su adorada tía Iris, duquesa viuda de Ravensworth.

El día anterior, el camafeo desapareció, casi por arte de magia, desde su joyero junto con unos aros de perla —esos sí eran muy costosos—. Iris lo notó de inmediato y, armando un escándalo digno del juicio de la década, buscó al sirviente «manos largas» culpable del delito. No tardó demasiado en quedarse sin doncella, quien, confesó entre lágrimas, su crimen. ¿Su móvil para cometerlo? Solo ambición por tener un dinero extra, asunto que molestó a la duquesa más que el robo en sí, pues su salario era más que justo.

Y ahí estaba Angus, buscando el camafeo en medio de una incontable marea de personas que vendía y compraba ropa y chucherías de segunda mano. Una maldita aguja en un maldito pajar. Su misión era casi imposible de cumplir.

Ya llevaba más de una hora en aquel lugar plagado de colores, texturas y aromas. Angus suspiró, probablemente, el camafeo ya no estaba ahí. Miró la hora en su reloj de bolsillo; eran las dos de la tarde. Dio media vuelta para volver a su hogar, cambiarse e ir al Parlamento. Pero para su desdicha, un hombre chocó de lleno con su pecho, haciendo que el pobre sujeto cayera aparatosamente.

—Oh, perdón, señor. Mil disculpas, no fue mi intención —se lamentó Angus, ofreciéndole la mano—... Permítame ayudarle.

Los ojos azules del hombre se clavaron en él como si fuera una especie de espeluznante aparición, la bufanda que ocultaba su rostro resbaló y reveló sus facciones.

Para Corby, el hecho habría pasado del todo inadvertido, como un simple accidente, y olvidado de la misma forma, si no fuera porque el tipo se apresuró demasiado en cubrirse el rostro.

—Gracias, milord —balbuceó el desconocido al incorporarse y, acto seguido, se alejó como si Corby fuera el portador de la peste negra.

Esos ojos, esa voz, esa cara... a pesar de estar llena de cicatrices, esas facciones le eran familiares para el conde. Sabía que lo había visto antes, su cerebro trabajó frenético buscando un recuerdo con qué asociar ese rostro.

Cartas, un juego de *pique*¹, señoritas de moral distraída, y mucho, mucho alcohol.

Frank Smith, marqués de Somerton.

Todo el mundo lo daba por muerto, se encontraba desaparecido desde hacía unos cuantos meses, dejando —literalmente— a su esposa e hijos en la calle. Era un ser despreciable; ludópata, despilfarrador, egoísta, cruel, lascivo, y Angus podía seguir y seguir enumerando cualidades que nadie querría en un amigo.

Cualidades que él mismo poseía, pero, no todas, no era un santo. Sí, podía aceptar ser catalogado como un granuja libertino, pero tenía principios y reglas que nunca quebraba.

Los límites siempre eran buenos.

Miró hacia la pared y vio un cartel rasgado de «SE BUSCA». Lo había visto infinidad de veces mientras caminaba en Wentworth Street. Era el anuncio que puso Bow Street² para atrapar al autor del brutal asesinato de Alexander Croft, conde de Swindon.

—¿Serán la misma persona?... —susurró, sintiendo un aciago escalofrío recorriéndole la espalda.

Sus ojos se convirtieron en dos rendijas escrutadoras, su instinto le decretaba que debía asegurarse. Si confirmaba que aquel sujeto era Somerton, entonces, el crimen sería resuelto y un buen hombre quedaría fuera de toda sospecha por parte de la sociedad. El principal acusado del asesinato de lord Swindon era Michael Martin, marqués de Bolton. A juicio de Angus, sería una injusticia que su nombre quedara manchado por un execrable delito que no había cometido.

Y Angus no toleraba las injusticias.

Decidido, enfiló sus pasos siguiendo al hombre, conservando una cierta distancia para no ser descubierto. Objetivo bastante difícil de lograr, debido a su altura. Si el sujeto miraba hacia atrás, vería su cabeza castaña oscura sobresalir del resto.

Se encorvó, alzó las solapas de su levita y continuó su persecución, esquivando prendas de vestir colgadas y transeúntes distraídos. Entró en

1 El *pique* es un juego francés cuyos orígenes se remontan al siglo XV. Se conocía como el *cent*, de donde deriva su nombre español de «juego de los cientos». Desde el siglo XVI está considerado como el mejor juego para dos personas.

2 Los Bow Street Runners (los corredores de Bow Street, en inglés) fue el nombre por el cual se conoció popularmente al cuerpo de policía existente en Londres, entre 1749 y 1838.

una calle estrecha y maloliente, y notó que en la esquina opuesta el hombre giraba hacia la izquierda.

—Condenación —blasfemó entre dientes.

Apuró sus pasos hasta llegar a la esquina, y dio vuelta hacia la izquierda.

Ni bien avanzó dos pasos, y sintió que con fuerza lo tomaron de la ropa. El hombre estaba esperándolo y, gracias al factor sorpresa, lo empujó con brutalidad hacia la pared, haciendo que se golpeara duro en la cabeza.

Desorientado y adolorido, Angus intentó enfocar su vista. ¿Eran uno o dos hombres?

Parpadeó. No, solo era uno.

—No debiste husmear, Corby. —El hombre se descubrió el rostro, mostrándose con enferma altivez y orgullo.

¡Era él! Ahora Angus estaba completamente seguro, se trataba de Frank Smith, marqués de Somerton. Era el despiadado asesino de lord Swindon.

Corby abrió la boca, pero antes de que las palabras salieran de ella, sintió dos estocadas rápidas en el costado derecho de su abdomen. Todo sucedió demasiado rápido, apenas dos segundos, como para notar que lo iban a apuñalar.

Se llevó la mano al costado, la sangre se le escurría entre los dedos. De pronto, el peso de su cuerpo descansó abrumador en sus rodillas. Miró desesperado en todas direcciones.

Nadie.

Somerton se había ido.

Angus sintió que iba a morir, un ominoso frío bajó por su espalda, erizándole la piel. Vaya momento para arrepentirse de ser un hombre soltero. Justo en ese mortal segundo se le vino a la cabeza Trevor, su primo y el siguiente heredero si él moría sin dejar descendencia. Ese infeliz malcriado y petulante iba a acabar con todo el patrimonio del título en menos de un año, así como estaba vaciando las arcas de su herencia.

—Tenías tanta razón, tía Iris. He sido un verdadero idiota. —Corby rio sin ganas ni fuerza, pero lo suficiente para hacerle sentir una punzada intensa—. Demonios, duele.

Iba a morir, sin duda. Pero no iba a irse de este mundo sin luchar y, si salía vivo de aquella prueba, se iba a casar con la primera mujer que tuviera cerebro, se convirtió en su único requisito. Estaba desesperado, pero no tanto como para sacrificarse y pasar todo lo que le quedaba de vida con una persona que solo podía hablar del clima.

Sí, una mujer inteligente, no pedía más.

Inspiró hondo, necesitaba ayuda si pretendía sobrevivir, y empezó a recorrer el camino de vuelta a Wentworth Street. Desplomarse moribundo en una calle concurrida era un buen plan. Caminaba despacio, intentando

a duras penas respirar, y mantener la maldita calma para no perder más sangre.

Paso a paso avanzó, se sentía débil, sus piernas perdían fuerza. Tenía la sensación de estar dentro de un eterno túnel oscuro, por más que caminaba, no llegaba a la luz.

—Falta poco, Corby... Hazlo por tu futura esposa y tu tía Iris —se animaba mascullando cada palabra—. No permitas que Trevor se instale en Pearl Palace. No permitas... que... Dios...

Sus palabras murieron, al fin había llegado, Wentworth Street. Dio dos pasos más y se desplomó en la húmeda calle de tierra.

Miró el cielo, parpadeó lento como si el tiempo transcurriera lúgido. Las nubes oscuras anuncianaban que pronto iba a llover. Entornó sus ojos, sentía los parpados pesados. No debía dormirse.

Abrió de nuevo los ojos... una mujer. Las hebras rubias sueltas de su peinado danzaban sobre sus ojos.

—¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Su voz... era preciosa, angelical. En su interior esbozó una sonrisa, al menos iba a morir en los brazos de una hermosa mujer. Estaba conforme, era una bonita despedida.



—¡Con cuidado, por favor! —pedía Katherine con amabilidad, mientras guiaba a los tres hombres que cargaban al hombre moribundo hacia la casa de su padre—. Falta poco, muchas gracias, señores.

Katherine se adelantó unas pocas yardas, hasta llegar a un pequeño local, una botica, cuyo letrero decía «Thompson & Rivers».

—¡Padre!... ¡Padre! —llamó entrando al interior y, para su alivio, lo halló detrás del mostrador terminando de atender a una anciana.

—Y aquí está su cambio, muchas gracias —le dijo a la mujer dándole un chelín. Desvió de inmediato su atención hacia su hija y rodeó el mostrador para ir a su encuentro—. Kathy, ¿qué haces aquí? —preguntó más que intrigado.

—Es mi día libre, me lo adelantaron —explicó lacónica—. Pero eso no es lo importante. —Salió por la misma puerta por la cual había entrado y le hizo señas a los hombres que le estaban ayudando—... ¡Aquí! ¡Aquí! —Volvió al interior y suspiró—. Venía a visitarte, pero un hombre herido se desplomó ante mis pies... Está mal, no me pude quedar sin hacer nada... ¿Puedes ayudarme, padre?, no podemos dejar que una persona muera.

—Hace años que no toco una herida... no sé si...

—Tú puedes, padre, confío en ti —aseguró Katherine—. En la guerra viste cosas peores.

El padre de Katherine, el señor Adrien Thompson, no alcanzó a esgrimir ninguna excusa. En ese momento, tres hombres entraron al lugar

cargando a un caballero —era obvio, sus ropas lo delataban—, dejando a su paso, un rastro de sangre.

—Lo llevaremos a mi habitación —decretó Katherine, subiendo por una estrecha escalera al segundo piso—. Por acá, por favor.

Adrien se quedó estático mirando cómo los hombres subían al herido con cierta dificultad. Parpadeó desconcertado.

—Padre, rápido, por favor! —demandó su hija desde el segundo piso.

Las piernas de Adrien cobraron vida propia, se dirigió a la puerta del negocio, volteó su letrero anunciando el cierre de la botica y fue a buscar su viejo maletín que estaba juntando polvo en un rincón de la pequeña bodega.

Subiendo de a dos peldaños, llegó en cinco segundos a la habitación de Katherine, aquella que usaba cada vez que tenía un día libre de su trabajo de sirvienta en la casa de lord Tauton.

—Señores, muchas gracias por asistir a mi hija y al caballero —agradeció Adrien a los hombres que se quitaban sus gorras en señal de respeto—. Si gustan, mi hija les puede dar una pequeña recompensa por sus servicios.

Los hombres se negaron en silencio, mirándose con incomodidad unos a otros. Querían salir lo más pronto posible, porque el hombre herido, tenía pinta de exhalar su último suspiro en cualquier momento.

Katherine les dirigió una sentida mirada de agradecimiento, pero no estaba para seguir perdiendo el tiempo. Sin remilgo ni decoro, comenzó a quitarle el abrigo al hombre desconocido. Dios, era pesado.

Desistió, no debía seguir moviéndolo de esa forma, ya era suficiente con el trayecto hasta su casa. De su mesa de noche sacó unas tijeras y comenzó a hacer pedazos la ropa del hombre para despejar el área que su padre iba a suturar.

En medio de los sonidos de tela rasgándose, los hombres, sin decir más palabras, se retiraron haciendo un gesto hacia el padre de Katherine, quien respondió con un leve asentimiento, mientras se dirigía hacia el herido.

La sangre estaba empezando a manchar la cama. Katherine había desnudado lo suficiente el torso del hombre. Cansada y sudorosa, se quedó a la espera de las órdenes de su padre, quien abría su maleta y empezaba a buscar entre su instrumental quirúrgico, aguja e hilo.

—Trae láudano, whisky, una vela y agua caliente —indicó Adrien a su hija sin mirarla—. Dios, guía mis manos, haz tu voluntad —murmuró mientras escuchaba los pasos de Katherine bajando rauda la escalera—. Veamos... —Comenzó a examinar la herida, de inmediato notó que eran dos, separadas por una pulgada, eran medianamente profundas, tal vez la hoja no era tan grande, una pulgada y media de ancho como mucho, y las gruesas capas de ropa del hombre ayudaron —en apariencia— a que el

cuchillo no llegara a algún órgano interno. Pero eso, solo el tiempo lo diría. Mientras tanto, debía detener la hemorragia.

Los pasos ligeros de Katherine se escucharon subiendo la escalera. Adrien suspiró, su hija era muy competente.

—Aquí tengo todo, menos mal que tenías agua calentándose —señaló trayendo lo solicitado en una bandeja.

—Me iba a tomar una tisana cuando llegó la anciana —explicó—. Necesito que ejerzas presión en la herida, hija, y que taponees las heridas. En mi armario hay sábanas limpias, haz vendas con ellas, rápido. No debemos perder tiempo.

—De inmediato.

El señor Thompson, con eficiencia, encendió la vela, se lavó las manos en la palangana de agua caliente y las sacudió para sacar el exceso de agua. Tomó una aguja y la puso sobre la llama.

El sonido de la sábana rasgándose distrajo por unos segundos a Adrien.

—Dame un trozo, por favor —pidió a su hija.

Katherine obedeció, y Adrien lo empapó en whisky para limpiar el hollín de la aguja, luego, procedió a empapar el hilo.

Mientras Adrien enhebraba la aguja, Katherine taponeaba la herida con un trozo de tela e hizo presión para detener la hemorragia, arrancándole en el proceso un quejido ronco a Angus en medio de su inconsciencia.

—¿Es muy grave, padre? —interrogó mientras hacía presión y la tela se manchaba de sangre.

—Pues, el corte no es demasiado profundo, pero fueron dos estocadas y ha perdido mucha sangre. Quizás cuanto tiempo ha estado herido.

—No lo sé, solo llegó a mis pies. —Katherine se puso a pensar, en cuanto terminaran con el hombre, iría al lugar donde lo encontró y buscaría el rastro de sangre. De ese modo, se haría una idea de la situación.

—Pues debió ser mucha, dado que está inconsciente. De momento, no necesitaremos el láudano. Muy bien, hija... debes ir cambiando el apósito —señaló Adrien—. No dejes de presionar.

—Sí, padre.

—Procederemos a suturar.

Katherine vio cómo su padre se transformaba ante sus ojos. Nunca lo había visto actuar de esa manera, tan seguro, tan eficiente, con la sangre fría. Él hacía eso todos los días, en la guerra, era ayudante de los cirujanos en sus operaciones. Adrien vio infinidad de soldados heridos, sangrando por heridas de bala, bayonetas, amputaciones, muerte... sobre todo, muerte.

Y por eso mismo, cuando volvió, jamás quiso cambiar el oficio que había abandonado al partir a la guerra. Lo suyo eran las yerbas, las medicinas, emplastos y potajes.

—Creo que tres puntos por herida es suficiente —dijo al cabo de quince minutos—. Al menos la hemorragia ha terminado, veamos si sobrevive. —Se secó el sudor de la frente con el antebrazo, tomó la botella de whisky y bebió un largo trago.

—Padre... —suplicó Katherine—. Otra vez, no.

Adrien miró la botella y luego los ojos de su hija. Era un casi un acto reflejo cuando tenía en sus manos el líquido ambarino. Por eso Katherine se las escondía... de hecho, no sabía dónde estaba esa botella, y su hija la encontró con facilidad.

—Ayúdame a vendarlo —ordenó para cambiar el tema.

Katherine, sin palabras, obedeció. Entre los dos vendaron la herida, rodeando el sólido abdomen del hombre para que los puntos hicieran su trabajo.

—Tendrás que vigilarlo para no permitir que se siente si vuelve en sí, sino la herida volverá a abrirse. También hay que darle agua de a poco, si perdió mucha sangre, necesitará recuperarla —determinó lavándose las manos—. Y oremos para que recobre la conciencia, de lo contrario, tendremos que dar muchas explicaciones porque, sin duda alguna, este hombre no es del barrio.

Katherine miró al hombre herido y asintió, sabía que Adrien no podía hacerse cargo de él, tenía un negocio que atender y, a veces, solía emborracharse en los momentos menos oportunos. Amaba a su padre, pero la confianza ante ese tipo de hechos, solía tambalear en una cuerda floja. Ella había traído al hombre y era su responsabilidad atenderlo y, lógicamente, no iba a recuperarse en un par de horas... si es que lo hacía.

Suspiró resignada, definitivamente, iba a perder su trabajo.